

El Catecismo de la Iglesia Católica en la historia de la Iglesia

Ramiro Pellitero

Profesor de la Facultad de Teología. Universidad de Navarra

1. Introducción

En su discurso inaugural del Concilio Vaticano II, el 11 de octubre de 1962, Juan XXIII señalaba: «Una cosa es la sustancia de la antigua doctrina, del *depositum fidei*, y otra la manera de formular su expresión». Así es, en efecto, porque «la Iglesia —como dirá el Concilio—, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree» (DV 8). Lo entrega sustancialmente, y a la vez con *diversas expresiones*, en los distintos tiempos y lugares. La transmisión de la fe pide hoy, en un tiempo de nueva evangelización, afianzar la identidad cristiana y, a la par, desarrollar un esfuerzo creativo, para renovarse en sus expresiones y afrontar los retos que plantean las circunstancias actuales.

El árbol puede echar nuevas ramas, flores y frutos, a condición de que siga tomando, a través de sus raíces, los elementos de la tierra que requiere para elaborar la savia que le vivifica. Las personas solamente podemos crecer, seguir viviendo, abordar los nuevos acontecimientos, en la medida en que conservamos nuestra *identidad*; teniendo memoria de quiénes somos, nos capacitamos también para continuar siéndolo *de modo renovado*.

Algo parecido pasa con las sociedades y las culturas y, desde luego, con la Iglesia, familia de Dios en el mundo. La Tradición de la Iglesia (del latín *tradere*, entregar), vista desde su desarrollo histórico consiste en un proceso por el que los cristianos, a partir de los de la primera generación, que fueron los testigos de Cristo resucitado, se van pasando, en la comunión de la Iglesia, el testimonio de la doctrina recibida y con ella los «contenidos» de la fe; un proceso que posibilita el anuncio de la fe y la vida de la fe. La perseverancia en el camino es condición para progresar en él. Y *el progreso* requiere, hoy como siempre, pero quizá hoy más que en otras épocas por los rápidos cambios culturales y sociales en los que estamos inmersos, una referencia adecuada, de modo que no se entorpezca el camino ni falten las fuerzas para seguir avanzando.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* (en adelante CCE) constituye, indudablemente, una *referencia segura e iluminante para caminar en la fe*, dar razón de la esperanza y avanzar hacia la meta. A nadie se le oculta que su lectura requiere también cierta actitud personal de estudio, además de algunas mediaciones (subsidios educativos, en forma de textos escritos o audiovisuales, etc.). El CCE es un don y un instrumento para la educación en la fe en la estela de la tradición eclesial. Un instrumento «vivo» en la medida en que los cristianos lo conozcamos y colaboremos en su difusión y estudio, y ante todo «vivamos» su contenido.

2. La transmisión de la fe en una «tradición viva»

La fe cristiana se ha desarrollado (se ha desplegado) y transmitido al compás de la vida cristiana y, desde muy temprano, lo ha hecho con la ayuda de textos catequéticos y catecismos propiamente dichos. Así fue desde el brotar mismo del cristianismo, pasando luego por la época de los Padres hasta llegar en el siglo XVI al Concilio de Trento, situado entre una crisis de unidad y el desafío de la modernidad. En el Concilio Vaticano I tuvo lugar un interesante debate sobre el «pequeño catecismo». Posteriormente, se ha asistido a una creciente descristianización que pide la búsqueda de la unidad en la fe y el fortalecimiento de la formación cristiana. En el Concilio Vaticano II, y desde entonces, la Iglesia ha «redescubierto» con nueva profundidad que su identidad se traduce en comunión y en misión evangelizadora de la que se esfuerza en hacer partícipes a todos sus miembros.

a) El «despliegue de la fe» al compás de la vida cristiana y los catecismos

Jesús encargó a sus apóstoles: «Haced discípulos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19). Esto es lo que, en forma narrativa y pedagógica, adaptada a diferentes públicos, se propusieron relatar, bajo la luz de la inspiración divina, los cuatro evangelistas. Es también el marco de la *predicación de los apóstoles*, centrada en el anuncio de Cristo (*kerigma*), y lo que encarnaron los primeros cristianos con su *testimonio de vida y de palabra*, en diálogo con las culturas judía, griega y romana. La apertura al helenismo, al tiempo que purificaba y elevaba la filosofía clásica, permitiría al Evangelio enriquecerse con nuevas expresiones y comunicarse a través de categorías de la razón que llegarán a ser universales. Como despliegue de esa fe vivida y reflexionada, surgieron los primeros y principales credos o símbolos de la fe.

Como continuación y explicación de *los evangelios* y de *los símbolos*, se fueron elaborando los *primeros textos catequéticos*, para apoyar la transmisión de la fe recibida en la Iglesia y profesada desde el bautismo. Ya en la

época patristica (básicamente entre los siglos III al V) se configuran, sin un orden fijo, los cuatro «pilares» que sustentan la tradición educativa de los cristianos conforme a la verdad revelada y creída; esto es, el símbolo, los sacramentos, el Decálogo y el padrenuestro.

El catecismo nace en el siglo VII, como texto doctrinal para enseñar a los niños ya bautizados desde la primera infancia por los padres cristianos. Con la teología escolástica (siglo XII) los catecismos desarrollan algunas de sus enseñanzas como la moral y los novísimos, o la eucaristía (para contrarrestar los errores de Berengario), e introducen ciertos recursos didácticos (los «septenarios»). A partir del siglo IX los obispos y los sínodos impulsarán la catequesis, como lo harán desde el tardomedioevo —elaborando nuevos catecismos— los movimientos de reforma intraeclesial europea y después la Reforma protestante. En el paso del siglo XIV al XV se configuran los dos niveles del catecismo mayor y menor.

Con la imprenta (1449) y la evangelización del nuevo mundo, aparecen, desde el siglo XVI, catecismos con imágenes (pictográficos) y catecismos para indígenas, traducidos a los textos nativos, que se apoyan en las «semillas de verdad» que tenían aquellas culturas, al tiempo que procuran dar a conocer de manera sencilla y clara las verdades esenciales de la fe y la salvación cristiana.

b) Crisis de unidad y desafío de la modernidad

Ante la crisis de la unidad en la fe, el Concilio de Trento decide elaborar lo que se llamaría después el *Catecismo de Trento* o *Catecismo Romano* (1566) o de párrocos, como catecismo mayor, para ayudar a los pastores en la educación de la fe.

Su *estructura* sigue la economía de la salvación, exponiendo sucesivamente el credo, los sacramentos, los Mandamientos y la oración. A la fe le siguen «los sacramentos de la fe», por usar la expresión de santo Tomás de Aquino. En tercer lugar, vienen los Mandamientos, indicando así que la fe y los sacramentos capacitan al hombre para la vida moral; esto es, su respuesta al querer de Dios es posible por los dones que recibe de Dios. Claro, preciso y en diálogo con la cultura humanista, el *Catecismo Romano* es un tratado pedagógico-pastoral que integra la exégesis y la patristica. Presenta íntegramente la doctrina profesada por la Iglesia y lo hace en plena crisis reformista, saliendo al paso de las necesidades del momento. En cuanto al *método* expositivo, no desea imponer un orden determinado, sino que deja libertad para acomodar la catequesis a las personas y tiempos, si bien prefiere comenzar por la exposición de la fe. Otros catecismos de la época, como los de Canisio y Auger, se difunden en Alemania y Francia.

Los llamados «catecismos postridentinos» (como los de Belarmino, Ripalda y Astete) se elaboraron para la enseñanza de niños y jóvenes. Sus autores fueron personas doctas y de vida santa. Exponen el mensaje fundamental de la fe cristiana en Dios Uno y Trino, que, depositada en la Iglesia, conduce al hombre a la vida eterna. Sirvieron para formar cristianamente a generaciones enteras, contrarrestando la influencia del luteranismo y de la Ilustración deísta. Pero, por lo general, no supieron aprovechar los horizontes del *Catecismo Romano*; de hecho, la mayoría no siguieron su estructura.

Con el advenimiento de la modernidad y la reacción frente a ella, los catecismos posteriores se fueron «intelectualizando», perdiendo la inspiración bíblica y desvinculándose de la celebración de la fe y de la vida eclesial. Se centraron en temas coyunturales (de oportunidad política) o polémicos, o adaptaron modelos educativos profanos. Al llegar el siglo XVIII proliferan en los catecismos contrastes excesivos y polémicas de escuela. A esto se suma, desde Francia e Inglaterra, la influencia del deísmo en la sociedad culta europea. Cunde el desconcierto entre los fieles. La jerarquía católica, encabezada por los papas, toma en su mano la catequesis y recomienda, en amplias regiones o países, algunos catecismos probados y más seguros para la educación en la fe.

c) *Descristianización y búsqueda renovada de la unidad de la fe*

A mediados del siglo XIX viene creciendo la preocupación por la unidad en la fe. Fenómenos como la naciente industrialización, la progresiva emigración del campo a las ciudades y el consiguiente desarraigo familiar y cultural propician la descristianización entre el pueblo. Al mismo tiempo comienza en la catequesis una renovación teológica y metodológica.

En el Concilio Vaticano I (1870) se debatió elaborar un catecismo pequeño (*parvo catechismo*) para la Iglesia universal. Aunque la mayoría de los padres conciliares eran favorables, hubo una parte significativa que se opuso, porque no veían posible un catecismo popular que pudiera llegar a cristianos de todas las culturas, y el proyecto no siguió adelante.

Al romper el siglo XX, san Pío X relanza la catequesis con la encíclica *Acerbo nimis* (1905) y su *Catecismo mayor* (1913), promulgado en Roma con miras universales. Pío XII convoca el Primer Congreso catequístico Internacional (Roma, 1950).

¿Qué ha pasado entretanto con la catequesis? En los tiempos del Vaticano I se centraba en la memorización de preguntas y respuestas del pequeño catecismo, seguida de explicación y aplicación a la vida concreta. Desde finales del siglo XIX hasta el Vaticano II y en adelante se asistirá a

una profunda y compleja renovación catequética, con diversas etapas y resultados desiguales. Sobre todo en Alemania y Francia, se critica la manera con que solía realizarse hasta entonces.

En un primer periodo, al principio del siglo XX, la catequesis aparece dominada por la preocupación del método de enseñanza bajo la influencia de las nuevas ideas pedagógicas y psicológicas. A finales de la Segunda Guerra Mundial comienza una segunda fase, más pastoral, caracterizada, de un lado, por el énfasis en el mensaje (*kerigma*) que hay que transmitir y, de otro, por la toma de conciencia de un cambio en el contexto cultural, con más atención hacia el tejido humano y social.

Sucesivamente se van destacando en la catequesis grandes temas: el cristocentrismo, la Historia de la Salvación, el lugar de la Biblia y de la liturgia en el mensaje cristiano; también se resalta el marco antropológico y social de la educación de la fe. Se vislumbran horizontes en diálogo con las ciencias humanas y sociales (con un déficit quizás de reflexión propiamente teológica), pero no se consigue una integración armónica de los nuevos contenidos y avances. En conjunto, no se logran abordar eficazmente los retos del momento, y siguen abiertos los interrogantes: ¿cómo transmitir la fe frenando el avance de la descristianización?, ¿cómo fomentar la unidad de la fe en un mundo diversificado culturalmente?, ¿cómo integrar, en la formación de los cristianos, las nuevas perspectivas teológicas y metodológicas? Inesperadamente, a principios de 1959, Juan XXIII anuncia la convocatoria de un nuevo Concilio.

d) El Concilio Vaticano II y la evangelización «redescubierta»

El Concilio no se convocó para afrontar ninguna crisis interna de la Iglesia, sino para reavivar la vida de fe de los cristianos e impulsar la acción evangelizadora de la Iglesia. En aquella magna asamblea conciliar la Iglesia tomó más conciencia de su catolicidad, de su pluralidad en la unidad del Espíritu Santo, y también de la polifacética variedad del «mundo de los hombres», de sus razas, culturas y lenguas. Allí se recoge, separando el oro de la ganga, el desarrollo teológico que venía gestándose desde el siglo XIX y dando frutos desde el periodo de entreguerras: la *renovación teológica y pastoral* impulsada, por ejemplo, desde la escuela católica de Tübinga junto con lo mejor de los movimientos bíblico, patrístico, litúrgico y ecuménico.

No se consideró necesario, ni posible entonces, hacer un catecismo universal porque faltaba una suficiente reflexión teológica y el discernimiento deseable en el nivel catequético. Pero se vio necesario avanzar en la inculcación de la fe, comenzando por impulsar el trabajo teológico sobre esta realidad siempre vivida por la Iglesia en su recorrido histórico, mientras

se dejaba la «inculturación concreta» para las Iglesias locales, las Conferencias episcopales, los catecismos regionales y otros subsidios adaptados a las distintas edades y a otras circunstancias.

La reflexión catequética del Concilio, «el gran catecismo de nuestros tiempos» (Pablo VI) ha de verse en su conjunto. Para asegurar la unidad de la fe y enfocar la necesaria inculturación, el Vaticano II dispuso que se elaborase un «directorio sobre la instrucción catequética del pueblo cristiano» (decreto *Christus Dominus*, sobre el ministerio pastoral de los obispos, n. 44), que sería el *Directorio General de Pastoral Catequética* (1.^a edición de 1971), sólido fundamento para todo el trabajo posterior.

El Directorio sitúa a la catequesis dentro de la actividad pastoral de la Iglesia, como la acción eclesial que «conduce a la madurez de la fe tanto a las comunidades como a cada fiel» (n. 2). Se perfilaba así una catequesis más eclesiológica y conectada con la vida cristiana: una verdadera educación de la fe, que sintonizaba bien con la dimensión antropológica y catequética de los Santos Padres.

Ese primer fruto del Concilio se prolongó después cuando, tras los sínodos sobre la evangelización (1974) y la catequesis (1977), se publicaron dos importantes exhortaciones apostólicas. En la primera, la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI (1975), la evangelización se redescubría identificada con la entera misión de la Iglesia. La segunda, *Catechesi tradendae* de Juan Pablo II (1979), comprende la catequesis como un elemento dentro de la evangelización, asume lo mejor del movimiento catequético y detecta notables insuficiencias. Como ha señalaba Mons. Estepa —que fue secretario del Sínodo de 1977— se deseaba superar ciertas dicotomías, polarizaciones, o tendencias unilaterales divergentes: «Por ejemplo, la contraposición entre catequesis tradicional de acento doctrinal, orgánico y sistemático y catequesis antropológica y de la experiencia vital; entre Revelación y búsqueda personal e “investigación”; entre asunción de fórmulas y oraciones recibidas de la Tradición, y la vivencia interior y la creatividad personal; entre anuncio y sacramento; entre magisterio y testimonio, etc.»¹.

La *Catechesi tradendae* define la catequesis como «educación de la fe de los niños, de los jóvenes y adultos, que comprende especialmente una enseñanza de la doctrina cristiana, dada generalmente de modo orgánico y sistemático, con miras a iniciarlos en la plenitud de la vida cristiana» (CT 18).

¹ *Anuario de Historia de la Iglesia*, 2006, p. 369.

3. Un don para la Iglesia y la humanidad

Una cuestión de fondo, que explica tanto la necesidad del Catecismo como ciertas resistencias a su difusión y empleo, es, como estamos viendo, la conexión entre la unidad de la fe y la pluralidad de las culturas. El afán por impulsar la inculturación de la fe, sin perder la unidad, explica también la publicación del Compendio del Catecismo, como un instrumento para esa tarea.

a) El Catecismo de la Iglesia Católica ante la pluralidad de las culturas

En la «prehistoria» inmediata del CCE se han destacado las famosas conferencias de Joseph Ratzinger en Lyon y París en 1983². Asimismo, el interés del Cardenal por la evolución de la catequesis posterior a la Segunda Guerra Mundial (que él había seguido en Alemania), concretamente en la Francia de 1945, cuando surgió una nueva preocupación misionera. También su atención al fenómeno del *Catecismo Holandés* (que no logró integrar la renovación metodológica con una suficiente reflexión teológica, resultando desvirtuados aspectos fundamentales de la fe).

El Sínodo de Obispos de 1985 (con motivo del XX aniversario del Concilio) pidió la redacción de «un catecismo o compendio de toda la doctrina católica». Juan Pablo II hizo suyo el proyecto, señalando que «responde plenamente a una verdadera necesidad de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares»³.

En opinión del cardenal Ratzinger, presidente de la comisión redactora, quizá el problema inicialmente más difícil de determinar fue quién debía escribir el libro. «La decisión fundamental se fijó rápidamente. El Catecismo no debía ser escrito por eruditos, sino por pastores, a partir de su experiencia de la iglesia y del mundo, como libro de predicación»⁴.

Frente a quienes mantenían al final de los años ochenta, en ciertos ambientes europeos, que no hay un terreno común en las culturas sino solo «bolsas culturales» de tipo local o regional —y por tanto no cabe interpenetración de las culturas—, el *Catecismo* mostraría que cabe la inculturación desde la dimensión universal de la cultura, al servicio de los catecismos que deberían plantearse después, en un segundo nivel de inculturación, local o regional.

² Cf. *Scripta Theologica*, 1983, pp. 9-30.

³ JUAN PABLO II, *Discurso*, 7 de diciembre de 1985.

⁴ J. RATZINGER, «Introducción», *Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid 1994, p. 24.

El alcance universal del Catecismo queda puesto de relieve por el hecho de ser fruto, a la vez, del Concilio Vaticano II y de la Colegialidad Episcopal, con la aportación de las principales instituciones universitarias católicas.

De esta manera estamos ante el Catecismo del Concilio Vaticano II, no porque se pidiera en el Concilio, sino por mediación del Sínodo que lo conmemoraba, por la fidelidad de los contenidos y por inscribirse entre los documentos de aplicación del Vaticano II y al servicio de la correcta hermenéutica del Concilio.

En palabras de Juan Pablo II el Catecismo está concebido «no para sustituir a los Catecismos nacionales o diocesanos, sino con el fin de ser para ellos “punto de referencia”»⁵. Al servicio de la unidad de la fe, vio la luz en 1992 mientras se celebraba el V centenario del comienzo de la evangelización en el Nuevo Mundo.

En 1997 se publicó, con bastantes modificaciones, la edición oficial, típica (el mismo año salió una segunda edición reelaborada del *Directorio General para la Catequesis*). Con tal motivo el cardenal Ratzinger explicó la importancia de que los cristianos pudieran encontrarse en un común «lenguaje fundamental de la fe»⁶. Y destacaba la «estructura interior» del Catecismo, como «vinculo interno vital y orgánico en el que todo está recíprocamente relacionado». Sin que sea necesario entrar ahora en pormenores, cabe recordar que el hilo del CCE, como se muestra en los trabajos sucesivos de este volumen, es la economía divina de la salvación, puesta en marcha por designio y acción de la Trinidad, y expuesta en el texto siguiendo el «nexo de los misterios» de la fe, en torno al centro constituido por Cristo. Su fuerza interior es la Tradición viva de la Iglesia.

Posteriormente, la experiencia recogida mostraba la dificultad de lograr obras de síntesis del Catecismo que presentaran fiel e íntegramente el contenido de la fe católica. En otro congreso, que se celebró en Roma con motivo del décimo aniversario (8 al 11 de diciembre de 2002), se pidió un compendio autorizado que facilitarse esa tarea. Incluso se volvió a solicitar que se prescribiese universalmente un «catecismo breve» o «pequeño catecismo», basado en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Se renovaba así la petición manifestada en el Concilio Vaticano I. No fue esta, sin embargo, la fórmula por la que se optó.

⁵ JUAN PABLO II, *Discurso*, 15 de noviembre de 1986.

⁶ J. RATZINGER, Conferencia pronunciada el 14 de octubre de 1997. Ver en *Ecclesia* 2868, pp. 32-36.

b) La necesidad de un «compendio breve» del Catecismo

Juan Pablo II encargó (2003) al cardenal Ratzinger que constituyera una comisión especial para preparar «un *compendio breve*, que contenga todos los elementos fundamentales de la fe y de la moral católica, formulados de manera sencilla y clara». El Compendio, señalaba el Papa, «tendrá como fuente, modelo y punto de referencia constante el actual *Catecismo de la Iglesia Católica*, que, manteniendo intacta su autoridad e importancia, podrá encontrar, en esa síntesis, un estímulo para una mayor profundización y, más en general, un ulterior instrumento de educación en la fe»⁷.

En la redacción del nuevo texto no hubo problemas fundamentales, porque, según Mons. Estepa, «ya se había decidido en qué nivel había que situar el Compendio, que es el nivel de la síntesis, no el nivel de la creatividad». Y añadía: «Si se hubiera situado en el nivel de creatividad, habría tenido una elaboración más lenta. Con otras palabras, si en lugar de una síntesis o compendio, se hubiera decidido hacer un catecismo *menor*, en el sentido técnico del término, habría necesitado un nivel de creatividad mucho mayor...»⁸.

Dos años más tarde, en el *motu proprio* para la aprobación y publicación del Compendio del Catecismo (28 de junio de 2005), Benedicto XVI confirmaba que su realización había querido obedecer fielmente a las indicaciones y deseos de Juan Pablo II.

Conservando la estructura cuatripartita del *Catecismo de la Iglesia Católica*, y en la forma de un diálogo ideal entre el maestro y el discípulo, el Compendio quiere favorecer la asimilación y eventual memorización de los contenidos. Las imágenes insertadas en el texto «proclaman el mismo mensaje que la Sagrada Escritura transmite mediante la palabra, y ayudan a despertar y alimentar la fe de los creyentes» (*Compendio*, n. 240). Incluye en apéndice algunas oraciones frecuentes para la Iglesia universal y algunas fórmulas catequísticas de la fe católica, con lo cual «invita a encontrar en la Iglesia un modo común de rezar, no solo personalmente, sino también en comunidad»⁹.

⁷ JUAN PABLO II, *Carta*, 2 de febrero de 2003; cf. J. M. ESTEPA, «Historia del *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*», en *Actualidad Catequética* 207, julio-septiembre 2005, pp. 47-52.

⁸ *Anuario de Historia de la Iglesia*, 2006, p. 383.

⁹ BENEDICTO XVI, «Presentación», *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, 28 de junio de 2005, nn. 2,6-8. Vid. la *Introducción* del Compendio, n. 4.

c) *Respuestas de la fe y contextualización de la formación cristiana*

Volviendo atrás en el tiempo, cuando se comenzaba a preparar el Compendio del Catecismo, el cardenal Ratzinger concedió una entrevista a Gianni Cardinale, que se publicó en *Avvenire* (27 de abril de 2003). Preguntado por el rechazo de la idea misma de un catecismo, señalaba el cardenal que, sobre todo, se debía a pensar que «un catecismo, por ser demasiado doctrinal, sería un impedimento para el necesario diálogo con el hombre de hoy». Sin embargo, replicaba, para dialogar se necesita saber «de qué debemos hablar» (conocer la sustancia de nuestra fe); y «por eso hoy más que nunca es necesario un catecismo».

Lo que se proyectaba ahora no era, pues, un catecismo o un compendio más de la fe, sino «el Compendio del Catecismo de 1992». Como el Catecismo con el que forma una unidad, sería normativo en cuanto a los contenidos doctrinales. Ofrecería, por otra parte, sugerencias respecto al método, dejando gran libertad en ese campo, «porque los contextos sociales y culturales en el orbe católico son muy diversos entre ellos». Y es que, «salvando los contenidos esenciales de la fe, una cierta flexibilidad metodológica es siempre necesaria en la catequesis».

Más adelante, un mes después de la promulgación del *Compendio*, Benedicto XVI tuvo un encuentro con los sacerdotes del Valle de Aosta (25-VII-2005). Ante la embestida del Iluminismo y del «segundo iluminismo» de 1968, el Papa señalaba que una de las intenciones fundamentales del CCE y de su Compendio se sitúa en la línea de una «afirmación intelectual en la que se comprende también la belleza y la estructura orgánica de la fe», tratando de dar respuestas claras que ayuden a vivirla. Junto con eso, en el clima de racionalismo, subjetivismo y relativismo característico de la cultura occidental actual, la catequesis necesita ser continuamente contextualizada.

Aludía así Benedicto XVI al conflicto, surgido concretamente en el ámbito alemán, «entre el catecismo en sentido clásico y los nuevos instrumentos de catequesis» (los llamados «libros de adaptación»). Lo cierto es que el primero resultaba un tanto cerrado en sí mismo, mientras que los segundos preparaban el terreno, pero con frecuencia no llegaban a la respuesta.

Se trataba de nuevo, como se ve, del papel de los catecismos en la «inculturación» de la fe. A continuación, el Papa abordaba en estos términos la relación del CCE y su *Compendio* con la inculturación de la catequesis:

«Por fin, hemos llevado a cabo este compromiso pluridimensional: hemos elaborado el CCE, que, por una parte, da las necesarias contextualizaciones culturales, pero también da respuestas precisas. Lo hemos

escrito conscientes de que desde ese Catecismo hasta la catequesis concreta hay un trecho no fácil de recorrer. Pero también hemos comprendido que las situaciones, tanto lingüísticas como culturales y sociales, son tan diversas en los diferentes países e incluso, dentro de los mismos países, en los diferentes estratos sociales, que allí corresponde al obispo o a la Conferencia episcopal, y al catequista mismo, recorrer ese último trecho y, por eso, nuestra posición fue: este es el punto de referencia para todos; aquí se ve lo que cree la Iglesia. Luego, las Conferencias episcopales deben crear los instrumentos para aplicarlo a la situación cultural y deben recorrer el trecho que aún falta. Y, por último, el catequista mismo debe dar los últimos pasos; tal vez también para estos últimos pasos se ofrecen instrumentos adecuados».

Nos parece que aquí se contiene la respuesta al porqué no se ha querido elaborar un «catecismo pequeño» para la Iglesia universal, y a la vez se ha elaborado el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, como «síntesis del Catecismo grande».

Concluía Benedicto XVI diciendo que el *Compendio* «puede corresponder hoy al catecismo de san Pío X» (era la síntesis de un catecismo mayor). Y apelaba, una vez más, a la responsabilidad de los obispos en el empleo del Catecismo y su *Compendio*, «porque el modo de hablar, de pensar y de entender es muy diferente en Italia, en Francia, en Alemania, en África...; incluso dentro de un mismo país es recibido de modo muy diverso». En ese sentido, «el *Catecismo de la Iglesia Católica* y el *Compendio*, con lo esencial del Catecismo, siguen siendo instrumentos para la Iglesia universal».

En definitiva, podemos ya decir, ante la pregunta «¿es el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* la respuesta a la petición surgida en el debate sobre el catecismo pequeño?» habría que contestar: no, no lo es, puesto que, entre otras cosas, no se trata de un catecismo pequeño o popular, un catecismo *minor* para niños, y ni siquiera de un catecismo «medio» para adolescentes, sino de un libro que requiere suficiente cultura católica. Pero dicho lo anterior, cabría añadir que, desde el punto de vista histórico, el *Compendio* se inscribe en la «línea de respuesta» a las cuestiones de fondo planteadas ya durante el Concilio Vaticano I y que han continuado hasta nuestros días. En esa línea de respuesta estaba ya su referente natural, el CCE desde su publicación en 1992, de acuerdo con las necesidades de los cristianos en el mundo de hoy.

El cardenal Estepa considera que, en efecto, el Catecismo y el Directorio pedían, para la inculturación de la fe, catecismos locales, más breves y obviamente inculturados. Pero «la decisión de elaborar un compendio se encuadra más bien en la función subsidiaria de la Santa Sede». No se trata por tanto de un catecismo *minor*, sino de un compendio del Catecismo, que

no se puede desvincular de él¹⁰. El Compendio es muy útil para comenzar el estudio de la fe y de la vida cristiana, teniendo a la vista el Catecismo; también para seguir profundizando en ese camino, pasando del uno al otro; y, finalmente para volver siempre a «retener las grandes líneas, las precisiones, y saborear la sustancia»¹¹.

A su juicio, el problema más acuciante, grave y dramático, es «la falta de dedicación suficiente a la tarea catequética en bastantes sitios». Y, por eso, insiste, «con el *Compendio* se realiza, en cierto sentido, un acto de compasión de la Iglesia universal, compasión con la mediocridad, con la pasividad en el trabajo catequético»¹².

La continuidad y eficacia de la «respuesta» que sigue pidiendo la fe en nuestro tiempo, sobre la base del Catecismo y su Compendio, requiere una inculturación más «concreta» de la fe. Esto debe promoverse, en primer lugar, por medio de una adecuada reflexión teológico-catequética, capaz de aprovechar el desarrollo de la gran teología que llevó al Concilio Vaticano II y después lo prolonga. En segundo lugar, con la elaboración de textos o catecismos locales que, manteniendo igualmente lo sustancial de la fe, ofrezcan acercamientos metodológicos bien distintos entre sí, con vistas a hacer más significativa la fe. Y en tercer lugar, con una mayor atención a la catequesis, o en sentido amplio a la educación en la fe, como tarea importante de la comunidad cristiana. Por cierto, la experiencia de estos años es que la formación cristiana se beneficia notablemente del uso del Compendio, destinado a facilitar un lenguaje común para la fe, y a la vez una «aproximación», en forma dialógica, a la catequesis concreta, con la ayuda del simbolismo propio del arte cristiano.

La responsabilidad inmediata de la catequesis es, sin embargo, de los catequistas; primero de los padres y madres de familia, transmisores naturales de la fe a sus hijos desde el diálogo inicial con ellos; y, después, de otros educadores en la fe. Todo ello sin perder de vista la necesidad del testimonio de la vida de los cristianos, en cada tiempo y lugar.

4. Conclusión

El CCE y su *Compendio* están ofreciendo una preciosa contribución al dinamismo de la vida cristiana, que, arrancando de la fe, encuentra en la eucaristía su centro y en la caridad su síntesis y fruto. Esa vida se configura como ofrenda y servicio a Dios y a todas las personas. Auténticamente

¹⁰ *Anuario de Historia de la Iglesia*, 2006, p. 384.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*, pp. 384-385.

vivida, la vida cristiana es ya la primera palabra en la transmisión de la fe, el primer componente del testimonio que debe completarse con la explicación sobre las razones de nuestra esperanza (cf. 1 *Pe* 3, 15).

La nueva evangelización para la transmisión de la fe encuentra en el CCE, con su estructura cuatripartita, una referencia segura. Como tarea común dentro de la misión de la Iglesia, de la que participan todos los cristianos, la nueva evangelización implica ante todo la conversión personal de cada uno y el redescubrimiento de la fe en todas sus dimensiones. También la conversión que se viene llamando pastoral, pues la fe siempre tiene consecuencias eclesiales y sociales que los educadores deben plantearse desde sus mismas actitudes.

En suma, tanto para vivir la fe como para transmitirla, el CCE se revela como un instrumento perfectamente actual y con amplios horizontes de futuro. «Donde está Dios, allí hay futuro», ha dicho Benedicto XVI¹³.

Esto pide que los cristianos, comenzando por los educadores, tomen conciencia de su misión en este momento histórico: implicándose cada uno desde su propio lugar, condición y dones, en la nueva evangelización. Y para eso, estudiando el CCE a fondo, asimilándolo con la oración y la reflexión iluminada por la fe, para vivirlo; y desde esa fe vivida, que es el depósito vivo del Evangelio en el nosotros de la Iglesia, ser capaces de extraer, con don de lenguas, lo nuevo y lo viejo, la luz del amor eternamente joven que vive en el cristianismo para transformar la sociedad. Las «mediaciones» (personales y materiales) son necesarias. Los métodos pueden ser variadísimos. Pero aquí, en el *Catecismo de la Iglesia Católica* y en su *Compendio*, está la raíz y la savia para la vida. Si la recibimos y la transmitimos en nuestro entorno, dará fruto.

En la misa crismal de 2012 Benedicto XVI señalaba:

«El *Año de la fe*, el recuerdo de la apertura del Concilio Vaticano II hace 50 años, debe ser para nosotros una ocasión para anunciar el mensaje de la fe con un nuevo celo y con una nueva alegría. Naturalmente, este mensaje lo encontramos primaria y fundamentalmente en la Sagrada Escritura (...) Los textos del Concilio Vaticano II y el *Catecismo de la Iglesia Católica* son los instrumentos esenciales que nos indican de modo auténtico lo que la Iglesia cree a partir de la Palabra de Dios. Y, naturalmente, también forma parte de ellos todo el tesoro de documentos que el papa Juan Pablo II nos ha dejado y que todavía están lejos de ser aprovechados plenamente»¹⁴.

¹³ BENEDICTO XVI, *Discurso en el santuario de Etzelsbach*, Alemania, 23 de septiembre de 2011.

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía*, 5 de abril de 2012.

De esta manera el Concilio Vaticano II y el Catecismo que sirve para su aplicación, se sitúan al servicio de la evangelización, del despliegue de la fe connatural a la vida cristiana, en los inicios del tercer milenio. La Iglesia, que nunca ha impuesto un catecismo único y definitivo para la formación cristiana, nos ofrece ahora el CCE y su Compendio, como ayuda preciosa para la tarea formativa y como punto de referencia para la elaboración de otros catecismos y subsidios en la educación de la fe. Y así, en la estela de la tradición viva que es la Iglesia, este Catecismo es un don para la renovación personal y la renovación de la Iglesia misma al servicio de nuestro mundo.